

aquel salvaje fundó la familia y la ciudad. Las victorias de Alejandro fundaron el mundo moderno y crearon la civilización, que las invasiones bárbaras no han podido destruir y de la cual gozamos hoy todavía.

Ya veis que damos a la guerra una buena parte. Pero, en otro tiempo necesaria, ha perdido hoy la razón de ser. Este es un hecho real, cierto y que se escapa a muchos observadores, sólo porque es inmenso y porque no pueden sus ojos abrazarlo en su vasta extensión.

Fijaos: colonos, tierras y frutos de la tierra, ganados, cereales, primeras materias, productos manufactureros, numerarios, créditos, todo lo que hace la prosperidad de los pueblos y la fuerza de las razas, se ganaba antes por la violencia. Ahora es una cuestión de inteligencia entre naciones de igual civilización. Es verdad que las razas inferiores son las víctimas con demasiada frecuencia. Pero se puede creer que tan cruel abuso no será eterno. Entre los pueblos de cultura equivalente, a despecho de las rivalidades y de las desconfianzas, de buen o mal grado, la avenencia mejora cada día.

La multiplicidad creciente de las comunicaciones y de los cambios, la solidaridad forzada de los mercados financieros, el rápido desarrollo del socialismo internacional, de la federación de los proletarios, preparan insensiblemente la unión de los pueblos de todos los continentes.

La paz universal se realizará un día, no porque los hombres sean mejores, sino porque un nuevo orden de cosas, una ciencia nueva, nuevas necesidades económicas, que vemos nacer y engrandecerse, impondrán el estado pacífico, de la misma manera que en otros tiempos las condiciones mismas de su existencia los colocaban y los mantenían en estado de guerra.

La paz! En todos los tiempos el mundo ha tenido sed de ella. No nos avergonzamos de desearla; los más bravos la han deseado antes que nos-

otros. Fundir las espadas para hacer ejes de carros, este es el anhelo de los profetas de Israel, como de los poetas de Atenas y de Roma; este es el anhelo de las almas mejores y más altas de los tiempos modernos. Diremos más. Nunca se ha hecho la guerra más que para obtener la paz. Es, pues, el destino de la guerra el morir en su triunfo. ¡Que desaparezca para siempre jamás!

¡Pueblos! Acordaos de lo que ella os ha dado de poder, de miserias y de glorias; envolvedla en su mortaja de púrpura. Y aligerados para siempre de su ilustre esclavitud, pedid la grandeza y la riqueza, no a las victorias de un día, sino a la paz, que es una victoria también y la sola duradera.

¿Quién llorará la muerte de la guerra? Si entre vosotros hay todavía algunos que, nutridos de una sombría teología, la añoren y la esperen como un látigo, y vean en las batallas el sangriento holocausto agradable al dios de los ejércitos, a éstos no les he de decir nada.

¿Tenéis miedo de que matando la guerra se mate del mismo golpe el coraje, la constancia, la abnegación, las más bravas virtudes que llenan el corazón de los hombres? No, las artes de la paz, la ciencia, la ciencia pura y especulativa, la ciencia activa, aplicada a las necesidades de los individuos y de las sociedades, las obras de la civilización, fomentan también energías, excitan el coraje, crean héroes.

No es la hora de dudar, cuando la conquista pacífica del aire escoge sus numerosas víctimas entre los más jóvenes y los más intrépidos.

Que se tranquilicen los que crean que las rudas pruebas son necesarias para templar los corazones. Cuando la trompa guerrera, el son de la cual se hace cada vez más raro en el mundo, haya dejado de llamar a las razas a la carnicería, no habrá peligro de que la humanidad se duerma en las delicias de una nueva edad de oro; Astrea no bajará del Zodia-